

1996

La emergencia de la investigación académica de la comunicación en la región centro-occidente de México

Fuentes-Navarro, Raúl

Fuentes-Navarro, R. (1996). La emergencia de la investigación académica de la comunicación en la región centro-occidente de México. Cuadernos de Mass Culturas, núm.4 León, Guanajuato: Universidad Iberoamericana León.

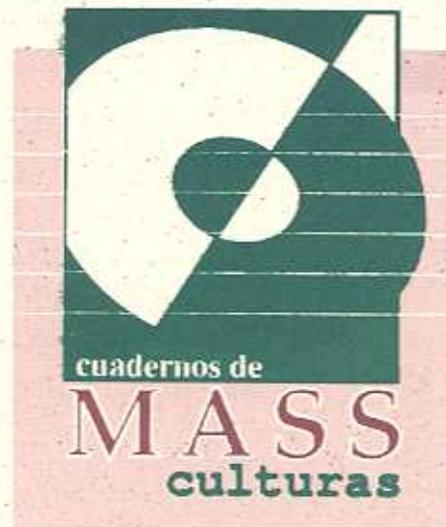
Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/2829>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia: <http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

Depto. de Ciencias del Hombre

Universidad Iberoamericana León y Vocalía Centro Occidente CONEICC



La Emergencia de la Investigación
Académica de la Comunicación en
la Región Centro-Occidente de México

Raúl Fuentes Navarro

Contenido

- 5 Presentación. Para pensar la comunicación en la región Centro-Occidente de México. Algunas imágenes para su reconstrucción y un ejercicio necesario.**

- 19 La emergencia de la investigación académica de la comunicación en la región Centro-Occidente de México.**

- 20 1. Hacia un concepto sociocultural de regionalización.**

- 24 2. La investigación sobre la investigación académica de la comunicación en México.**

- 29 3. La investigación académica de la comunicación en el Centro-Occidente de México.**

- 38 4. Referencias bibliográficas.**

- 40 5. Notas.**

Para pensar la comunicación en la región centro occidente de México. Algunas imágenes para su reconstrucción y un ejercicio necesario.

Imágenes para una reconstrucción reflexiva.

Es en la década de los ochentas, cuando algunos investigadores de la comunicación en México destacaron la importancia de dirigir la mirada hacia los procesos regionales de comunicación. Como la mayoría de las disciplinas que han trabajado lo regional, este hecho fue producto de una serie de «sacudidas» en su trabajo teórico y metodológico, de rupturas en su quehacer.

Para la investigación de la comunicación, la década de los ochentas en México y en América Latina fue una etapa de **crisis** en el sentido de la búsqueda de nuevas reformulaciones y reacomodos ante los serios cuestionamientos que se hacían y que llevaron al intento de transformar radicalmente la «episteme comunicacional» (Fuentes Navarro, 1991; Martín Barbero, 1989) que, pese a las sombras del desconcierto, se fue tornando en un movimiento rico y fértil, de nuevas propuestas, interrogaciones, articulaciones y transformaciones internas, y con otras disciplinas, que no eran ajenas de sus propios reacomodos.

En esta década un grupo de investigadores avanzaron no por la vía de la epistemología de la comunicación, sino por el diagnóstico y la sistematización documental, que es otra forma de hacer teoría, para crear los primeros perfiles de lo que hasta esos momentos había sido nuestro conocimiento sobre la comunicación en el país. Sus reflexiones, sus trabajos se fueron erigiendo como las pautas pertinentes e imprescindibles para «aprender del camino andado, desandar senderos no muy `luminosos´y, en fin, para saber si se va por el camino menos incorrecto hacia el conocimiento transformador del entorno» (Sánchez Ruiz, 1988). Es cuando el rostro de lo regional comienza a sobresalir como un escenario clave para la conformación del **campo académico de la comunicación** en México (1).

Por varios factores, es en los ochentas cuando se inicia un lento viraje hacia la recuperación de lo regional. Para la recuperación reflexiva de lo que ha sido el trabajo de las escuelas de comunicación en las distintas provincias, que muchos las identifican como lo distintivo del **campo académico de la comunicación** (Galindo, 1995), en su labor no sólo como agentes docentes, sino como generadores del conocimiento sobre y de su entorno, es necesario explorar algunos de esos factores ya que son los antecedentes posibles para su reconstrucción reflexiva. Proponemos, a manera de breves imágenes, algunos de ellos.

La irrupción de lo regional.

Bien, todo ha terminado. Hay que volver a preguntarse qué es lo que sucede desde el principio. Umberto Eco, *La estrategia de la ilusión*.

Varias de las profundas mutaciones sociales, políticas, económicas y culturales que han sido fundamentales para el país desde los ochentas, se han dado gracias a los procesos y a las dinámicas regionales. Esto no significa otra cosa sino que México estaba mudando de rostro desde hacia varias décadas y sólo la magnitud e impacto de los acontecimientos ocurridos hicieron evidente que las regiones estaban vivas, con un impulso tal que todavía se ignora la fuerza, la energía de su vitalidad, sus consecuencias ante el enorme distanciamiento y desconocimiento al que se le ha tenido (Reguillo, 1995).

La «irrupción de lo regional», como algunos le han llamado, cobrará vital importancia, entre otras cosas, porque ante la tendencia de la economía y los sistemas tecnológicos y la informática de hacer una «aldea global», su presencia viene a destacar la piel viva de «lo diferente, lo distinto, lo propio y lo regional» (Fernández Ch., 1987) que se resiste a la homologación, al sometimiento, provocando nuevos retos, exigiendo nuevas rutas para pensar lo social.

Mientras tanto, los investigadores mexicanos de la comunicación se enfrentaban con una doble situación que, o ignoraban o minimizaban:

1) Una concepción rígida, estática y estereotipada de la provincia mexicana que se tenía, contrastaba con el enorme desconocimiento de los nuevos escenarios, actores y prácticas culturales que «silenciosamente» se fueron dando y apareciendo muchos años atrás. Su transformación se escapaba a los marcos analíticos y a las nociones «totalizantes» con las cuales se pensaba que ya se sabía todo, y donde no se podía percibir el «rango amplio de variaciones (d) el efecto inicial» que a la manera de un rayo de luz que se difracta a través de un cristal y que posibilita rutas y direcciones nuevas e inéditas (González, 1991, p. 139) de los procesos que históricamente las fueron configurando (Galindo, 1994). El resultado fue encontrar un nuevo país porque se «descubre» que sus regiones son otras, portan un rostro muy diferente a como las habían fotografiado y relatado durante años para crear un imaginario sobre de ellas, donde el proceso de larga duración de la «modernidad» se fue dejando sentir y haciendo que lo local, lo nacional y lo internacional se entrecruzara, lo propio y lo ajeno, el pasado y el presente, lo público y lo privado, lo urbano y las viejas imágenes que han descrito los «terruños» y las nuevas mitologías cotidianas, entran en fases diversas de amalgamamiento, fusión y rechazo. Pensemos en lo que expresa Carlos Monsiváis cuando reflexiona lo que es una «provincia mexicana después de cien años de cine:

Después de cien años de cine, de la modernidad, de la internacionalización cultural del proceso histórico, la provincia mexicana es algo completamente distinto. Para empezar, yo creo que ya la idea de llamarla «provincia», no se ajusta con la realidad, es más que todo **el mundo de las regiones**. Lo de **provincia** tiene un tono despectivo o conmisericordioso que ya no aplica.

En 1896, cuando empieza el cine mexicano, la provincia mexicana era el atraso y la barbarie. En 1996, **el mundo regional mexicano** va a ser el atraso y la barbarie, pero también va a ser una sociedad norteamericanizada, mucho más internacional, una sociedad más tolerante, no obstante los intentos de retrotraerla a los viejos niveles de intolerancia. Una sociedad con mucho más humor, más informada.... Entonces, ¿qué es la provincia después de cien años de cine mexicano?: es un mundo ya muy afectado por las imágenes, muy gobernado y dominado por las imágenes, y en eso, el cine ha tenido un papel fundamental (Gómez Vargas y Rocha, 1995/1996).

La ausencia de mirada a la provincia no había permitido tener una visión de lo que es, desde ahí, la comunicación, sus soportes, sus redes, sus costuras, y tener nuevos elementos para su comprensión y análisis (De Certau, 1995), para ver mejor que la comunicación es más allá de los medios masivos, la tecnología y las masas, los procesos, los individuos en relación, las redes de socialización y cultura (Orozco Gómez, 1994, p. 22).

2) Se reconoce la ignorancia del surgimiento, desarrollo y el quehacer cotidiano de los medios en las distintas regiones, sus mensajes y las identidades, los imaginarios, las memorias que sedimenta, las audiencias, sus procedimientos y estrategias, es decir, todo un arsenal de incógnitas y de retos para la investigación de la comunicación. La impresión que se tiene a mediados de los ochentas es que al rescatar esta mirada -además de encontrar una mirada más amplia del país ya que permite pensar a diversas escalas y articulaciones desde las cuales se descubren algunas «irregularidades» (Gómez Marin, 1995) que desde las visiones totalizantes-, no pueden ser percibidas y sirven para recomponer de una mejor manera su accionar.

Desde los ochentas, entonces, la comunicación en México se integra a lo ya iniciado con anterioridad por otras disciplinas de estudio sobre la reflexión de lo regional, para pensar lo regional de la comunicación (Aceves, 1992).

Tendencias de la comunicación y sus agendas pendientes.

Algunas de las características de la investigación de la comunicación en el país ha sido la histórica tendencia al **generalismo** y al **centralismo**. La primera se refiere a la predominante visión de los medios masivos en general, y la segunda a que las investigaciones han sido producidas y orientadas a lo que sucede en la capital de la República (Fuentes Navarro, 1987, Sánchez Ruiz, 1988a).

El reconocimiento de estas circunstancias ha provocado que algunos consideren una serie de ausencias que deben ser tomadas como **agendas pendientes**, desconocimientos graves y urgentes a considerar para programas de investigación. (2)

Los intentos ya no sólo se han dirigido a pensar lo que es la región desde la comunicación, sino a cubrir una serie de insuficiencias de información que se ha carecido y que se contempla como un objeto de estudio.

Al iniciar los noventa, el avance por estos senderos fue notable, más no suficiente. Actualmente se sabe más sobre la «emergencia y desarrollo» de los medios en las regiones mexicanas, con el predominio de un enfoque historiográfico y, más recientemente, abordando las mediaciones histórico estructurales (Fuentes Navarro y Sánchez Ruiz, 1992, p. 29); pero se han dejado de lado fuera un cúmulo de dimensiones y enfoques sobre los procesos comunicativos, igual de pertinentes y necesarios. Pareciera que hacer investigación de lo regional fuera sólo hacer la historia de los medios locales.

Además, no es suficiente porque la generación de esta información se ha dado en pocos lugares del país, en aquellas ciudades donde se han creado centros de investigación o programas de maestría (el Programa Cultura de la Universidad de Colima, el Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara, el ITESO, entre otros). Su trabajo sistemático ha equilibrado más la balanza del peso del centralismo, pero ha ido gestando otros centros con el decrecimiento en su producción de los que trabajan en la capital y la prácticamente nula productividad del resto de las ciudades. Todavía hay mucho que hacer y decir, tanto por su pertinencia como por lo que está en juego en el campo académico de la comunicación.

Si bien lo regional es un concepto sumamente complejo y difícil de delimitar debido a la ambigüedad y diversidad de términos o acepciones con los cuales se le identifica, asocia y substituye (terruño, provincia, área, patria, localidad, etc...), como por la diversidad de enfoques y de disciplinas teóricas (geografía, economía, historia, antropología, lingüística, etc...), siendo que algunas de ellas llevan ya un buen trecho recorrido en el país (González, 1992, p.23), para los analistas de la comunicación las reflexiones por estos linderos son necesarios porque además de ayudar a delimitar las propuestas particulares y las perspectivas analíticas, al hacerlo respecto a las de otras dimensiones de la comunicación o disciplinas (Van Young,

1991), favorece y aviva una mirada en diferentes escalas (micro/meso/macro), ángulos (política/economía/cultura) y permite estar en condiciones de crear una visión articulada de las dimensiones local, nacional internacional sobre la reflexión de la comunicación (Fuentes Navarro, 1995, p. 46), además de entrar en el nuevo diálogo académico con el resto de las disciplinas teóricas que, también, están en la búsqueda de sus nuevas geografías y escenarios (Pérez Herrero, 1991).

Las escuelas de comunicación en el interior del país. Las preguntas sobre su reflexividad.

El progreso del conocimiento supone, en el caso de la ciencia social, un progreso en el conocimiento de las condiciones del conocimiento; exige de este modo retornos obstinados a los mismos objetos, que son otras tantas ocasiones para objetivar más completamente la relación objetiva y subjetiva con el objeto. Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*

Quizá pensando en que sería la carrera del futuro, el crecimiento de las escuelas de comunicación a lo largo y ancho del país fue impresionante sobre todo en la década de los ochentas. Si bien es el reflejo, junto con otros fenómenos propios y ajenos de la comunicación del centralismo -lo cual ha provocado que la mayoría de las instituciones se hayan establecido en sólo algunas ciudades (Guadalajara, Monterrey, Puebla, León, etc...)-, el fenómeno nos habla de la enorme energía, de la vitalidad que se ha desplegado y acumulado.

De acuerdo a reportes varios de Raúl Fuentes Navarro (1987, 1991), hasta el presente, la contribución de las escuelas de comunicación del interior del país en el avance de generación de conocimiento ha sido más que modesta. Al ser instituciones sociales con posibilidades de generar conocimientos, no son ajenas a los condicionamientos, las mediaciones propias de la investigación de las ciencias sociales y de la comunicación que se ha dado en el país (Sánchez Ruiz, 1995), y que las mantiene en situaciones de marginalidad, subsistencia, carencia de recursos y, muchas veces, de preparación y orientación teórica y metodológica deficientes.

En la actualidad, la mayoría de las escuelas viven una serie de retos que requieren enfrentar. El futuro ha parecido cerrarse. La fuerza y la magnitud de las transformaciones culturales y sistemas de comunicación a partir de los nuevos procesos y políticas económicas, han rebasado con creces las apuestas de la mayoría de los planes de estudio que se mueven a partir del peso de la «tradición» de la teoría de la comunicación, las orientaciones educativas centradas en formar profesionistas para los medios masivos y la burocracia administrativa que han impedido

el hacerse cuestionamientos de fondo y las reformas necesarias. El saber que se transmite ante un mundo que ha estallado parece un «pensamiento débil» (Gubern, 1990), mientras la realidad social y comunicacional, demasiado fuerte. Los riesgos son el ser rebasados y desplazados día a día en su saber y en su quehacer por otros campos o subcampos del campo académico, científico y profesional.

Estos desafíos que enfrentan en el presente, y las visiones que se entreabren del futuro, hacen urgente y necesario que las escuelas se asuman como los sujetos agentes de conocimiento que no han sido, y se haga una evaluación, una reconstrucción del peso de los condicionamientos del pasado en la actualidad, de su vigencia y sus procedimientos, porque son inercias que se mantienen vigentes y actuantes en el presente (De Certau, 1993 y 1995a).

Es la necesaria pregunta ya no sólo sobre el papel que han tenido para pensar lo regional, y generar información sobre su entorno, sino para pensar la comunicación desde la región, desde el mundo de las regiones. Es aquí donde el presente trabajo de Raúl Fuentes Navarro, a manera de muestra, trabaja la emergencia de la investigación de la comunicación en la región centro-occidente de México, y cobra un peso significativo ya que es un primer esfuerzo para la reconstrucción reflexiva de la manera como se ha colaborado en la conformación del campo académico de la comunicación local. En la reconstrucción para la visión de todo **campo**, el trabajo histórico y reflexivo, para conocer su postura actual, sus tendencias y trayectorias posibles (Martín Serrano, 1990), es pieza fundamental, premisa básica e imprescindible para el avance del conocimiento y encarar sus retos (Bourdieu y Wacquant, 1995). A partir de esa reconstrucción estamos en condiciones de plantear una serie de preguntas que ayuden a aumentar el accionar de las instituciones como agentes del campo académico de la comunicación (Galindo, 1995a, p. 98): ¿qué ha impedido la reflexividad?, ¿cuánta reflexividad se ha generado y se es capaz de generar? ¿por dónde se ha avanzado, por dónde no? ¿qué sabemos, qué suponemos, qué ignoramos? ¿cómo y con qué lo hemos trabajado? ¿qué tipo de saber tenemos y podemos generar? ¿cuál es nuestra presencia como agentes de conocimientos dentro de los entornos donde trabajamos? ¿qué fuerza, qué energías se tiene para configurar saberes y prácticas que la sociedad y la comunicación están incesantemente replanteando (Orozco Gómez, 1995)?

Un ejercicio necesario: pensar la investigación de la comunicación en León.

Fundamentalmente, el arquero apunta hacia si mismo. *Zen y el arte del arquero.*

Al revisar el presente trabajo de Raúl Fuentes Navarro y ver la insignificante presencia de la ciudad de León en la emergencia de la investigación de la comunicación en México y en la zona centro del país, como sujetos directamente involucrados, nos mueve hacernos una serie de preguntas básicas para iniciar la reconstrucción reflexiva de nuestro actuar y nuestro conocimiento sobre la comunicación en León.

El procedimiento que emplea Raúl Fuentes en sus reflexiones, ¿le impide ver las «irregularidades» de las dinámicas locales en la producción y socialización de su conocimiento?, o bien, la forma como se ha ido configurando el campo profesional y educativo de la comunicación, ¿ha sido insensible, inconsciente, insuficiente para buscar de manera ya no sistemática sino satisfactoria la información sobre su entorno y su lugar en la reflexión de la comunicación en el país?

La hipótesis que manejamos es que ambas preguntas tienen algo de verdad: los procedimientos de Fuentes Navarro no se detienen en ver cómo ha trabajado una provincia de menor escala reflexiva porque se han dado otros procedimientos de generación de información, pero en su conformación ha sido y es todavía demasiado débil para alcanzar niveles y presencia en ámbitos científicos/académicos y responder a los estándares de exigencia.

Partimos de una pregunta simple pero básica: ¿cuánto sabemos del quehacer, funcionamiento, arraigo, desarrollo, impacto, presencia de los medios masivos, de sus mediaciones históricas y culturales, de sus audiencias? Generarla, nos lleva a otras preguntas: ¿La ciudad se ha equipado con un sistema de comunicación lo suficientemente importante dentro de su vida social, política y económica que se haya constituido con el tiempo en una oferta cultural capaz de generar públicos culturales locales?, ¿quiénes han sido hasta el momento los sujetos cognoscentes y que tipo de conocimiento han generado?

Primero, los objetos de las posibles indagaciones, intereses o investigaciones que se han integrado a la vida de la ciudad, son parte de su cotidianeidad, desde hace bastante tiempo. Aunque la prensa se remonta al siglo XVIII, la prensa diaria, industrial y moderna apareció desde 1946 cuando se dieron las bases (tanto internas como externas) para su aparición y desarrollo; desde 1897, cuando se dio la primera función de cine en la ciudad, este medio ha estado presente y, aunque el video ha establecido una feroz competencia, sigue creciendo y consolidándose como una de las ofertas culturales más importantes de la localidad; la radio ha cumplido más de sesenta años y, pese a un sistema de producción bastante conservador y pobre, se mantiene en la cotidianeidad leonesa con gran vitalidad; desde 1968 apareció el primer canal de televisión local (desde los cincuentas se veían ya algunos canales capitalinos) y desde

mediados de los setentas apareció el primer sistema de televisión por cable (que se apresta a una feroz competencia con otros sistemas como el de Multivisión); el video ha crecido, se ha multiplicado y es una actividad diaria y familiar desde mediados de los ochentas, lo mismo el fenómeno de las antenas parabólicas, la computación, la informática.

Es decir, la ciudad de León se ha equipado desde muy temprana edad y andado el siglo que está por concluir con un sistema de comunicación de considerable magnitud, la mayor del estado de Guanajuato. Se ha ido constituyendo en una de las avenidas de los procesos económicos y culturales que acarrea la modernidad, por donde se han ido filtrando y apareciendo nuevas sensibilidades, moralidades, relaciones sociales, imaginarios, memorias e identidades.

Segundo, los aficionados, los profesionistas, los académicos, encargados de ir, observar, medir, registrar, ponderar lo que ha acontecido y acontece con los medios locales, hasta el momento han sido principalmente historiadores y periodistas que han registrado algunos rasgos o acontecimiento de los medios, principalmente la prensa, pero no de manera sistemática. No hay centros de investigación en ciencias sociales, menos en comunicación. Se han establecido cuatro centros de enseñanza de la comunicación y, algunos de ellos, piden trabajos de investigación para obtener el título. En 1973 apareció la Universidad del Bajío y hasta la fecha tendrá unos cien titulados; en 1981 se abre la carrera en la Universidad Iberoamericana y actualmente tiene aproximadamente 49 titulados; el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey abrió la carrera en 1983 y, pese a que no exigía examen recepcional, en 1992 fue cerrada, finalmente en 1991 abrió el Conjunto Educativo Universitario y hasta el momento sólo tiene un titulado. Desde aquí, se puede apreciar pocos esfuerzos, débiles y poco consistentes, por lo que se vislumbra una gran brecha entre la presencia de los medios masivos en León y las personas que los hayan estudiado, y, por tanto, nuestro conocimiento.

Si pasamos a ver algunos rasgos del conocimiento que hemos generado sobre los medios en la ciudad hemos de considerar la muestra con la que trabajamos. Hablamos de 61 documentos localizados que, de una o de otra manera, parcial o explícitamente, investigan o dan conocimiento parcial de algún medio de comunicación de León. Como el presente trabajo más parece una investigación de microhistoriador, en archivos que en bancos de información en sistemas computarizados, existe el riesgo de omisiones. Reconocemos casos como los siguientes: historiadores que han mencionado datos (fechas, nombres, acontecimientos, etc...) sobre los medios, pero no se han detenido a estudiarlos sino a dar cuenta de ellos; materiales escritos por historiadores o periodistas para periódicos o revistas que son de localización y acceso difícil; trabajos de alumnos por encargo de sus profesores para que estos los hayan tirado o guardado en los cajones de sus escritorios; investigaciones para obtener el título que están en proceso; trabajos realizados por centros de investigación académicos, comerciales o políticos cuyos resultados no se difunden.

Sin pretender una descripción profunda y detallada, hemos elegido documentos que al menos tuvieran algunas características: recolección, descripción, sistematización, producción de información aunque sea mínimo y parcial. Hay demasiadas carencias en la información y es por ello que la mayoría de los documentos no alcanzan el nivel que exige Raúl Fuentes para considerarlos dentro de la muestra que estudia, ya que la mayoría no son «un esfuerzo

organizado de recolección/producción de datos» (Fuentes Navarro y Sánchez Ruiz, 1989, p.15), y, por lo mismo, es imposible generar una síntesis de conocimientos sobre los medios (Fuentes Navarro, 1991).

Si partimos del cuadro número uno, podemos ver que la mayoría de los trabajos fueron publicados, es decir, se supone que tuvieron una circulación pública, siendo lo predominante artículos aparecidos en revistas y en algunos libros. Nuestros aportes son pequeños esfuerzos, y no hemos generado la información necesaria para empresas editoriales mayores como un libro, y el aporte de las tesis es para tomarlo en cuenta, pero debiera ser mayor. Respecto a los pocos trabajos no publicados, de su discusión en foros o en centros de investigación, es prácticamente nula.

CUADRO 1
FORMAS DE PRESENTACION DE DOCUMENTOS

PUBLICADOS	NO PUBLICADOS		
Prensa	3	Ponencias	4
Libros	1	Reportes de investigación	2
Artículos libros/revistas	37		
Tesis	14		
Totales	55		6

Además, si revisamos los trabajos que fueron publicados y vemos el tipo del rango de proyección, vemos que la mayoría de los trabajos tienen una dimensión eminentemente localista, independientemente de la circulación y socialización lograda, por lo que nuestra información, cuando circula, lo hace en ámbitos muy cortos y son, los menos, los que pueden hacerse presentes en escenarios de discusión y análisis a nivel nacional o internacional.

CUADRO 2
RANGO DE DIFUSION DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS

Nacional	4
Regional	3
Local	48
Total	55

Si ahora vemos el cuadro tres vemos dos cosas principalmente: uno, la mayoría de los esfuerzos se han centrado en los medios tradicionales y, predominantemente la prensa y la radio, dos de los medios más antiguos. La prensa ha sido objeto de estudio por parte de historiadores y de periodistas que se han interesado en la crónica de su profesión. Destaca el nulo interés por

medios como la televisión, el video, el cine, y todo el arsenal de nuevas tecnologías. Dos, podemos decir que la mayoría de la información se empezó a generar hasta la década de los noventas, donde aumenta la presencia de los estudios sobre la radio, el cine y la televisión, mientras que el periodismo siempre fue el más estudiado. El aumento de la productividad de la información en la década de los noventas quizá sea los tibios intentos de una comunidad de índole ya no profesional sino académica por generar información por y para algo.

CUADRO 3
INVESTIGACION DE MEDIOS A TRAVES DEL TIEMPO

	Radio	Prensa	TV/video	Cine	Medios
S/F		1			
1940	1	1			
1950					
1960		2			
1970	1	9*		1	1
1980-1985	1		3		
1986-1990	3	4			2
1991-1996	12	9	3	6	1
Totales	18	26	6	7	4

* Un documento aparece como un texto en ocho entregas y se le toma como ocho publicaciones.

Se puede añadir que los esfuerzos por generar esta información parecen más los esfuerzos de personas particulares que de grupos o de las instituciones educativas. Por ejemplo, un sólo autor tiene 17 de los trabajos, el que le sigue tiene 6, cinco autores tienen dos cada uno, y el resto es trabajo por persona. Mucho de trabajo individual, ocasional y parcial.

El peso de las visiones tradicionales se conserva si vemos en el cuadro cuatro, el tipo de enfoques que más se han empleado al trabajar la información. Por mucho, destaca el histórico -como si investigar el entorno fuera exclusivamente ver del pasado-, no por nada uno de los principales concentradores y difusores de la información ha sido el Archivo Histórico Municipal de León. Después, está el método comunicacional como un enfoque emergente, y más ocasionales el sociológico y el morfológico y luego otros varios. Un fenómeno multidimensional y complejo como la comunicación es visto sólo desde una sola dimensión, y la riqueza de su accionar, se nos escapa de entre las manos.

CUADRO 4
ENFOQUE DE LOS TRABAJOS

Enfoque	No.
Histórico	33
Comunicacional	14
Sociológico	7
Morfológico	4
Político	1
Organizacional	1
Técnico	1
Total	61

Podemos concluir que en la ciudad de León el conocimiento escaso que tenemos sobre los medios se ha dado por el oficio de historiadores y periodistas a la manera que Luis González caracteriza a los historiadores de la micro historia (González 1982), identificados más por un trabajo de tipo «anticuario», y que mantienen un enfoque, unos procedimientos y unos condicionamientos que, al pretender más rescatar el pasado del olvido de una manera anecdótica y pintoresca, han ayudado poco a despertar el interés y la pertinencia de un campo de estudios dentro de las dinámicas profesionales y educativas locales. En contraparte, el campo académico de la comunicación en León ha sido frágil, insensible e irresponsable no sólo para pensar lo que es la comunicación regional, y cubrir las carencias de información, sino para evaluar los marcos con los que piensa la comunicación. Más que un campo abierto al futuro, es un campo que está en riesgo de cerrarse si no comienza su trabajo de autoreflexividad y la constitución de una comunidad de académicos, porque más que nunca el futuro es un reto y de nosotros depende si estaremos ahí. Se debe re aprender a aprender.

Héctor Gómez Vargas.
León, Gto.
junio de 1996

Notas:

(1) Varios investigadores han encuadrado sus reflexiones de la comunicación teniendo como programa cognitivo el concepto de **campo**, acuñado por Pierre Bourdieu para un mejor reconocimiento de las tensiones, desfases, articulaciones, reglas y normas que se han establecido para el funcionamiento de la comunicación en el país. A partir de ello, Raúl Fuentes ha definido el campo académico de la comunicación, incluyendo «a la teoría, la investigación y la formación universitaria y la profesión, y centramos el concepto en las prácticas que realizan actores o agentes sociales concretos y colectivos -sujetos individuales y colectivos- con el fin de impulsar proyectos sociales específicos; estructuras de conocimiento y pautas de intervención sobre la comunicación social» (1992, 17).

(2) Dentro de los esfuerzos por avanzar por estos senderos en México habría que destacar algunos de los proyectos encabezados por el CONEICC como el 1er y 2o Taller de investigación regional de comunicación social realizados en 1987 en la ciudad de Xalapa, Ver, y en 1989, en Querétaro, Qro, respectivamente; el Taller de discusión y análisis de la radiodifusión en México, que generó el primer libro que aborda la radiodifusión regional en México (Aceves, Arredondo y Luna: 1991); las temáticas que se abordaron en algunos de los Encuentros Nacionales como el IV en 1986 con el tema «Crisis y comunicación en México, y el VI en 1990 con la de «Comunicación y democracia»; investigaciones como la que encabezó José Carlos Lozano sobre un análisis comparado de la prensa regional en el país

Referencias Bibliográficas.

ACEVES, Francisco (1992). «Democracia y región: rescoldos de una época», en **Comunicación y democracia**. CONEICC, México.

BOURDIEU, Pierre y Wacquant, Loïc (1995). **Respuestas. Por una antropología reflexiva**. Grijalbo, México.

DE CERTAU, Michel (1995). «Lo ordinario de la comunicación», en **La toma de la palabra**. ITESO-UIA, México.

_____ (1995 a). **Historia y psicoanálisis**. ITESO-UIA, México.

_____ (1993). **La escritura de la Historia**. UIA, México.

FERNANDEZ Ch., Fátima (1987). «Lo científico y lo regional en la comunicación social», en **Crestomatía básica del 1er Taller de investigación regional de comunicación social**. Fotocopias.

FUENTES Navarro, Raúl (1995). «La institucionalización académica de las ciencias de la comunicación: campos, disciplinas, profesiones», en Galindo, J. y Luna, C. (coords.), **Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva**. CONACULTA-ITESO, México.

_____ (1991). «El estudio de la comunicación desde una perspectiva sociocultural en América Latina», en **Dia-logos de la comunicación**. Felafacs, No. 32.

_____ (1991). **La comunidad desapercibida. Investigación e investigadores de la comunicación en México**. ITESO-CONEICC, Guadalajara.

_____ (1987). **La investigación de comunicación de México**. Edicom., México

FUENTES Navarro, Raúl y Sánchez Ruiz, Enrique (1992). «Investigación sobre comunicación en México: los retos de la institucionalización», en Orozco, G. (coord.), **La investigación de la comunicación en México: tendencias y perspectivas para los noventas**. Universidad Iberoamericana, México. Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales, No.3.

_____ (1989). **Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México**. Guadalajara, ITESO. Colección Huella, No. 17.

GALINDO, Jesús (1995). «Hacia una reconstrucción reflexiva del campo académica de la comunicación», en Galindo, J. y Luna, C. (coords.), **Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva**. CONACULTA-ITESO, México.

_____ (1995a). «La comunidad desapercibida. El campo académico de la comunicación», en Galindo, J. y Luna, C. (coords.), **Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva**. CONACULTA-ITESO, México.

_____ (1994). **Cultura mexicana en los ochenta. Apuntes de metodología y análisis**. Universidad de Colima, México.

GOMEZ Marin, Edgard (1995). **Esto es el caos**. CONACULTA-ADN Editores, México.

GOMEZ Vargas, Héctor y Rocha, Francisco (1995/1996). «Monsiváis a escena. Una entrevista», en **Andanzas**. Universidad Iberoamericana León, No. 10.

GONZALEZ, Luis (1992). «La historiografía que nos rodea», en **El historiador frente a la historia**. UNAM, México.

_____ (1982). **Nueva invitación a la micro historia**. F.C.E.- SEP, México. Colección SEP 80, No. 11.

GONZALEZ, Jorge (1995). «Coordenadas de lo imaginario: protocolo para el uso de cartografías culturales», en **Estudios Sobre las Culturas Contemporáneas**. Universidad de Colima, Epoca II, Vol. I, No2.

GUBERN, Roman (1990). «Un imperio audiovisual fuerte para un pensamiento débil», en **Telos**. Fundesco, No. 22, junio-agosto.

MARTIN Barbero, Jesús (1989). **Procesos de comunicación y matrices de cultura**. Ed. Gustavo Gili, México.

MARTIN Serrano, Manuel (1990). «La epistemología de la comunicación a cuarenta años de su nacimiento», en **Telos**. Fundesco, No. 22.

OROZCO Gómez, Guillermo (1995). «Desafíos pedagógicos de la formación profesional del comunicador: comunicación, modernización y democracia», en Galindo, J. y Luna, C.

(coords.), **Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva**. CONACULTA-ITESO, México.

————— (1994). **Al rescate de los medios**. UIA-Fundación Buendía, México.

PEREZ Herrero, Pedro (1991). «Introducción», en Pérez Herrero, P. (comp.), **Región e historia en México (1700-1850)**. Instituto Mora-UAM, México.

REGUILLO, Rossana (1995). «Ciudades y ciudadanos. Pequeña brújula provinciana», en **La Jornada Semanal**. No. 295, 5 de febrero.

SANCHEZ R., Enrique (1995). «La investigación de la comunicación en tiempos neoliberales. Nuevos retos y posibilidades», en Galindo, J. y Luna, C. (coords.), **Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva**. CONACULTA-ITESO, México.

————— (1988). «Presentación», en Sánchez R., E. (comp.), **La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas**. Edicom., México.

————— (1988a). «La investigación de la comunicación y el análisis social en Latinoamérica y México», en Sánchez R., E. (comp.), **La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas**. Edicom., México.

VAN YOUNG, Eric (1991). «Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas», en Pérez Herrero, P. (comp.), **Región e historia en México (1700-1850)**. Instituto Mora-UAM, México.

LA EMERGENCIA DE LA INVESTIGACION ACADÉMICA DE LA COMUNICACION EN LA REGION CENTRO-OCCIDENTE DE MEXICO.

Este trabajo presenta un primer análisis empírico elaborado con la pretensión de contribuir a la comprensión sistemática de la dimensión regional del proceso de institucionalización de la investigación académica de la comunicación en México. En este sentido, se buscan hacer confluir aportes de los estudios regionales en ciencias sociales elaborados en y sobre la región centro-occidente con los avances del proyecto de investigación que realiza el autor sobre las *determinaciones socioculturales del campo académico de la comunicación en México*.¹

La edición 1990 de la *New Encyclopaedia Britannica (Micropaedia, Vol. 9)*, presenta el concepto de **región** de la siguiente manera:

En las ciencias sociales, un área coherente que es homogénea según criterios de definición selectos y se distingue de las áreas o regiones vecinas mediante esos criterios. Es un constructo intelectual creado por la selección de rasgos relevantes para un problema en particular y la exclusión de otros rasgos, que se consideran irrelevantes. Una región se distingue de un área, que es usualmente un concepto más amplio que designa una parte de la superficie de la Tierra. Las fronteras de un área son arbitrarias y se establecen por conveniencia. Las fronteras de una región son determinadas por la homogeneidad y la coherencia de la sección (p.1003).

Esta definición supone, de entrada, un referente territorial, geográfico («superficie de la Tierra») y una operación de construcción de objetos de estudio basada en la selección de rasgos pertinentes de ese referente, por lo que sobre una misma «área» o porción territorial pueden construirse diferentes «regiones», según los criterios de selección de rasgos pertinentes («relevantes») que esa operación constructiva adopte. A partir de este planteamiento, en apariencia simple, se propone inicialmente una discusión conceptual que busca avanzar en el desarrollo de marcos teórico-metodológicos adecuados para la investigación de fenómenos **socioculturales** en la región centro-occidente de México, como la emergencia de un campo de investigación académica. La primera sección, entonces, tiene que ver con la consideración de la dimensión **tiempo** en su articulación con el **espacio**, coordinadas de toda interacción humana, siguiendo sobre todo la argumentación de la teoría de la estructuración (Giddens, 1984) y su concepto de **regionalización**, así como con los criterios de selección de los rasgos pertinentes para la investigación de fenómenos socioculturales y las particularidades de algunos de éstos en la constitución de **identidades** reconocibles en una región. En la segunda sección se describe en sus rasgos más generales el proyecto de investigación del que se desprende el análisis empírico de la emergencia de la investigación académica de la comunicación en la región centro-occidente de México, cuyos primeros resultados, a su vez, se exponen en la tercera sección.

1. Hacia un concepto sociocultural de regionalización.

La teoría de la estructuración propone la rearticulación de las dimensiones espacio-temporales en la consideración, tanto teórica como empírica, de las relaciones entre la «agencia» o interacción humana y la «estructura» social. Las tres «modalidades» de la **estructuración** (esquemas interpretativos, recursos y normas) que integran las relaciones entre interacción (comunicación, poder y sanción) y estructura (de significación, de dominación, de legitimación, respectivamente) no sólo suceden en el espacio-tiempo, pues «los agentes incorporan rutinariamente los rasgos temporales y espaciales de los encuentros en los procesos de constitución del significado» (Giddens, 1984, p.29). De esta manera se explica, en su fundamento más general, la estructuración de los órdenes institucionales simbólicos (o culturales), económico-políticos y legales (p.31).

Por **regionalización**, en este contexto teórico que trata de responder a la heterogeneidad en los sistemas sociales, Giddens entiende «la diferenciación temporal, espacial o espacio-temporal de regiones dentro o entre localidades [*locales*]» (p.376). La «localidad» es a su vez «una región física involucrada como escenario [*setting*] de la interacción, que posee fronteras definidas que contribuyen a concentrar la interacción de una u otra manera» (p.375).

Pensar (u observar) las relaciones sociales en términos de procesos de regionalización es «central» para la teoría de la estructuración como teoría social (o sociocultural), ya que permite superar las constricciones conceptuales impuestas por la división de disciplinas que opone a la sociología o la «ciencia social» con la historia por una parte y con la geografía por otra. Giddens propone una rearticulación teórica tal (pp. 355-372), que establece la posibilidad (y la utilidad) de una mediación por ejemplo entre los aportes geográficos de Hägerstrand (pp. 110-119) y los históricos de Braudel (pp. 362-368), así como entre la «micro» y la «macrosociología» (pp. 139-145) o incluso entre su propia interpretación y la de Foucault (pp. 145-158) sobre la «espaciación» y la «temporalización» de la interacción humana.

Pero aportes de teorías sociales como la de Giddens no permean aún la investigación regional concreta, al menos en México. Así, muchos de los estudios disponibles sobre la «región centro-occidente» de México sobre-enfatizan o bien la dimensión territorial-espacial o bien la temporal-histórica. La «relevancia» atribuida a los factores de la interacción social es obviamente variada, aunque tienden a predominar los estudios que privilegian factores económicos².

Como señala Martínez Assad (1990), entre los estudios regionales en México hay una gran escasez de trabajos sobre dimensiones culturales de la regionalización. No obstante, trabajos como los de Luis González (1983) y otros, sobre todo historiadores y antropólogos (por ejemplo, García Canclini, 1990), permiten sostener la pertinencia de enfoques más integrales alrededor de los conceptos de tiempo, espacio y relaciones sociales. Un aporte conceptual importante en relación con la regionalización cultural en México es el trabajo de Lomnitz-Adler

(1992), en que propone «las bases de una perspectiva que analiza la diferenciación y la homogeneización cultural en las regiones político-económicas poniendo estricta atención en las relaciones entre la disposición espacial de las relaciones de poder y la producción cultural e ideológica» (p.62).

En el campo de la investigación de la comunicación en México, Enrique Sánchez Ruiz (1990) ha señalado tanto la escasez como la pertinencia de enfoques que consideren las articulaciones entre las relaciones de poder y las representaciones ideológicas, en un contexto de «descentralización» comunicativa (Sánchez Ruiz, 1987), y Fátima Fernández Christlieb (1991) ha impulsado proyectos de reconocimiento académico de los «entornos comunicativos» regionales en cuanto al desarrollo histórico de los medios de difusión, especialmente de la radio. No obstante que este trabajo se orienta más hacia el estudio de la institucionalización de prácticas de investigación como esas, que hacia los análisis que buscan elaborar, parece conveniente retomar algunas de sus propuestas.

El trabajo de Fernández Christlieb es producto del que quizá sea el intento más intenso y estimulante que se haya dado dentro del campo académico de la comunicación en México o, más concretamente, de la investigación de los medios de difusión, para abordar y coordinar «interdisciplinariamente» estudios regionales. El concepto central en su propuesta es el de **identidad**, definida en términos socioculturales, como interpretación asumida subjetivamente de «la vida» por los actores individuales y colectivos de la radiodifusión «de provincia». Dado que, estructuralmente, la historia de la radiodifusión mexicana es en buena medida la historia de su centralización y concentración, la pregunta por los sistemas de relaciones sociales multidimensionales que explican tanto las homogeneidades como las **diferencias** que se pueden documentar en la radio mexicana remite directamente a los procesos de regionalización y «**des-regionalización**», es decir, a la continua tensión entre las «fuerzas» que impulsan la primacía de los caracteres regionales y las que tienden a imponer los factores de escala «nacional», e incluso transnacional.

Es evidente la insuficiencia del conocimiento que se ha generado en México con respecto a la relación entre medios de difusión e identidades socioculturales regionales, tanto en lo que tiene que ver con la conceptualización como en la descripción básica de la operación de los medios a escalas local o regional. Dos factores parecen ser determinantes de este «atraso»: jurídicamente, la radiodifusión es materia federal; académicamente, como se verá más adelante, la investigación de la comunicación, hasta hace muy poco, se desarrolló casi exclusivamente en la capital del país. No obstante, parecen estar «apuntadas» las líneas sobre las cuales se pueda construir, conceptual y empíricamente, un estudio más comprehensivo y profundo de la estructuración (y **desestructuración**) comunicacional de las identidades regionales a través de los medios de difusión, y de la relación complementaria: cómo la tensión entre prácticas regionales y «centrales» determina transformaciones en los procesos concretos de regionalización y sus productos.

El punto de partida puede ser la estrecha relación conceptual y práctica que se descubre entre **descentralización** y **regionalización**. Para Sánchez Ruiz, uno de los primeros en ocuparse de estos problemas en el campo académico de la comunicación en México,

... el proceso de descentralización en diversos órdenes de la vida social mexicana no está obedeciendo a imperativos **nacionales** reales, o regionales, o a demandas y urgencias de la «periferia», acompañando a su vez a un proceso de democratización y redistribución de riqueza y poder entre las regiones de México, sino como simple reacción masiva, **en el centro**, que intentaría repartir sus problemas entre los estados que «se dejen» (Sánchez Ruiz, 1987, p.12).

Un análisis de la centralización de los medios de difusión en México, sobre todo basado en factores económicos y políticos, lleva a Sánchez Ruiz a afirmar que

La estructura de los medios mexicanos de difusión constituye una «matriz de centralizaciones», que comienza con el grado más alto de poder ubicado en la ciudad de México, pasando después a incluir, pero lejanamente, algunas ciudades como Guadalajara y Monterrey y, en general, las capitales de los estados, aunque con un alto grado de correlación con la riqueza y poder de las entidades. A su vez, en cada uno de los medios hay otra dimensión centralizadora en la concentración (variable) de la propiedad y el control. (p.53).

El aporte de Sánchez Ruiz puede considerarse casi exactamente complementario con el de Fernández Christlieb, en tanto que en el estudio histórico-estructural de los medios nacionales lo «centralizado» se opone casi simétricamente a lo «regional» y que desde ambas perspectivas (partiendo de **centralización** o de **regionalización**) importa mucho analizar la dinámica histórica de la articulación entre procesos de «descentralización»/»regionalización» y de «centralización»/»desregionalización».

La noción de «matriz de centralizaciones», propuesta por Sánchez Ruiz, es también útil para ilustrar cómo los «patrones» de estructuración se reproducen a sí mismos cambiando de escala espacial en el país. En cuanto a medios de difusión al menos, pero por razones que provienen de factores más generales, se postula una tendencia a la **concentración** diríase que «concéntrica» en la cual, por ejemplo, Guadalajara resulta ser periferia (regional) con respecto al centro Distrito Federal (nacional), **al mismo tiempo** que centro (regional) con respecto al estado de Jalisco y quizá áreas circunvecinas de otros estados (periféricos o locales). En este esquema, las relaciones jerárquicas de «dominación» guardan un «alto grado de correlación con la riqueza y poder», es decir, con factores económicos y políticos, que determinan la estructura y desarrollo de los medios de difusión, objeto de estudio de estos trabajos. Fátima Fernández, en el mismo sentido, trabaja sobre la noción de «centralidades».

Pero así como se plantean relaciones de «simetría» o «complementariedad» en las perspectivas desde la **centralización** o desde la **regionalización**, hay también diferencias muy notables de enfoque en cuanto a la selección de rasgos (o dimensiones) consideradas pertinentes en uno u otro caso. Fernández Christlieb enfatiza los factores de la dimensión cultural de las identidades regionales, mientras que Sánchez Ruiz privilegia los factores económicos y políticos de las determinaciones estructurales de la centralización. Así se puede identificar otro «eje de tensión» para la explicación de los procesos de desarrollo de los medios de difusión en México, que ambos autores consideran en sus respectivos análisis. Para Fátima Fernández,

Si la relación entre el centro y las regiones ha sido conflictiva a lo largo de la historia de México, no es razonable hablar en abstracto o por decreto de la necesidad de articular lo nacional con lo regional. Es necesario, por el contrario, tener siempre presentes los elementos de tensión, saber identificarlos y poder analizar sus mutaciones a través del tiempo. Esto no es posible si no introducimos categorías que den cuenta de la discontinuidad, de la ruptura, de las líneas de fuerza tendidas a lo largo del territorio nacional (Fernández Christlieb, 1991, p.59).

Fátima Fernández aborda el conflicto entre lo regional y lo nacional desde «el poder» y sus **representaciones discursivas**³. Sánchez Ruiz, por su parte, advierte desde la perspectiva histórico-estructural que «en general, las oportunidades de recepción de mensajes están bastante más distribuidas en México que las de emisión, siempre mediadas por la riqueza (a nivel individual y colectivo), y relaciona su análisis de la descentralización con la **democratización** de la vida nacional:

Puede parecer obvia la necesidad de una discusión aquí sobre las perspectivas de la descentralización de los medios de difusión en México. Sin embargo, dados los nexos íntimos e indisolubles de la estructura de los medios en el país con la economía y la política, creemos que la descentralización de medios no puede sino ir de la mano de un proceso **general** de desconcentración y descentralización (o «desconcentralización»), y de **democratización** de la sociedad mexicana (Sánchez Ruiz, 1987, pp.55-56).

Pero el «renacimiento del espíritu federalista» y un «despertar de la sociedad civil» (Idem. p.56), que cuentan entre las condiciones de la descentralización, no son factores que correspondan a las dimensiones económica y política de la vida social, sino a la cultural, a la esfera de articulación entre las **representaciones** y las **interacciones** sociales, que metodológicamente son, aquí también, en términos de la emergencia de **identidades regionales**, difíciles de abordar. No obstante, esta breve revisión de dos trabajos de dos investigadores mexicanos de la comunicación (aunque no haya muchos más trabajos con aportes ni muchos más investigadores interesados en trabajarlos), indica la posibilidad de desarrollar estudios **socioculturales** de la comunicación que, sea desde la perspectiva de la centralización/desregionalización o desde la perspectiva regionalización/descentralización, permitan avanzar en la consideración **articulada** de los factores culturales y los económicos y políticos, así como de los históricos y los territoriales en este campo. Sin embargo, como lo apuntan claramente ambos autores citados, para ello es necesario investigar, además de los «radiodifusores» a los «radioescuchas», y los estudios de **recepción comunicacional**, indispensables para determinar los rasgos definitorios de las identidades y las diferencias regionales, son aún más incipientes que los de **emisión**.

Finalmente, es obvia y explícita también en ambos autores, y en todos los demás que han intentado abordar temas análogos, la recurrencia a enfoques inter- o multi-disciplinarios, no sólo por la «inmadurez» teórico-metodológica de la «disciplina» comunicacional, sino por la inadecuación de cualquier enfoque disciplinario para el estudio de procesos de regionalización, tan complejos como los de los medios de difusión mexicanos. En las dos secciones siguientes, se presenta un bosquejo del acercamiento que se ha adoptado para relacionar un estudio de regionalización con un análisis del desarrollo de la investigación sobre comunicación en México, buscando aprovechar aportes provenientes de ambos «frentes».

2. La investigación sobre la investigación académica de la comunicación en México.

En una síntesis muy apretada, el proyecto de investigación en proceso en que se enmarca el presente trabajo, trata de explicar cómo es que en el entorno sociocultural de México, «en transición» global, y más específicamente, ante una industria cultural y de la comunicación crecientemente concentrada, integrada y hegemónica (como sistema de referencia), y dentro de un sistema nacional de educación superior caracterizado por fuertes tensiones tanto «internas» como «externas», la investigación académica de la comunicación emergió en los años setenta en algunas universidades como un proyecto generacional articulado por la utopía, atravesó la «crisis» de los ochenta sentando paradójicamente las bases de su institucionalización, y enfrenta, en los años noventa, los retos de su consolidación como práctica académica profesionalizada y legitimada, en la perspectiva de la reintegración de las ciencias sociales y las humanidades.

Hipotéticamente, este proceso multidimensional, complejo y contradictorio, de desarrollo del campo académico de la comunicación en México, ha sido determinado, en su escala más general en los últimos veinticinco años, por la co-incidencia de intensos y extensos **procesos de cambio**, por una parte en las condiciones del mercado académico nacional y por otra en los marcos epistemológicos y teórico-metodológicos del estudio de la comunicación. Así, han confluído factores económicos y políticos con factores intelectuales y culturales en la conformación del «escenario» sociocultural en el que los investigadores mexicanos de la comunicación se han constituido como agentes responsables y relativamente autoconscientes de las prácticas académicas que a su vez han estructurado el campo. El proyecto se ubica, entonces, como una investigación sociocultural no constreñida en lo posible por las demarcaciones institucionalizadas que han «especializado», y por lo tanto separado entre sí, enfoques y aportes de distintas disciplinas, aunque por supuesto no pretende cubrir todas las dimensiones o aspectos construibles de su «objeto».

El proyecto pretende acopiar y sistematizar un volumen considerable de información hasta ahora dispersa, a propósito de la producción mexicana de conocimiento sobre la comunicación y sus condiciones contextuales; sobre sus productores, tanto institucionales como individuales; y sobre sus productos objetivos, especialmente las publicaciones académicas. La opción tomada por la teoría de la estructuración como marco heurístico fundamental, permite ubicar el estudio en el terreno de una «nueva» teoría social que pretende resolver la cuestión de la **mutua determinación** entre sujetos y estructuras a diversas escalas, desde macrosociales hasta individuales, mediante una conceptualización consistente. Entre estas escalas, obviamente, se encuentra la regional.

Aunque el análisis exige distinguir, como punto de partida, entre los procesos de institucionalización social y cognoscitiva, y entre factores «internos» y «externos» de la dinámica de constitución del campo, no puede privilegiarse, en la interpretación, ninguna de

estas «dimensiones» como tal, sino su **relación**, incorporada en los sujetos como **habitus** (Bourdieu, 1988) y, por tanto, subyacente en las prácticas, siempre concretamente situadas (entre otras escalas de pertinencia, regionalmente). Especialmente tratándose de un campo **no consolidado disciplinariamente**, inserto en un sistema universitario en crisis, como es el de la investigación académica de la comunicación en México, este planteamiento implica que la institucionalización en proceso está por necesidad estrechamente relacionada con la **profesionalización** de los investigadores, también en proceso, y que a su vez supone por una parte la formación de sujetos competentes para la práctica científica y por otra su adscripción como trabajadores académicos en el sistema universitario mexicano, en cuyo seno se desarrolla el campo y del cual provienen las mediaciones socioculturales determinantes de su gestación y evolución.

Si bien el «recorte» espacial adoptado por el proyecto es nacional, una de las manifestaciones más notables de los **procesos de cambio** postulados (coincidentemente en las condiciones del mercado académico y en los marcos conceptuales del estudio de la comunicación) y que se pueden documentar con mayor precisión, es sin duda una tendencia hacia la **descentralización/regionalización** de la investigación académica, comenzando por la región centro-occidente del país.

Sin entrar en detalles (descriptivos o analíticos) por ahora, puede señalarse que en México el proceso de constitución del campo comenzó en los años setenta cuando se insertó en algunas escuelas de comunicación la actividad de investigación para impulsar el proyecto fundacional de la carrera en los cincuentas y sesentas, que identificaba a la comunicación como un factor importante para la transformación social. En estos años, cuando los programas de licenciatura en comunicación comenzaron a proliferar en el país, se dio también una expansión notablemente rápida del **mercado académico**, abriéndose así la posibilidad de que muchos jóvenes egresados de la carrera encontraran un horizonte promisorio de desarrollo profesional como profesores-investigadores.

Un caso notable es la fundación de la Universidad Autónoma Metropolitana en 1974, cuya carrera de comunicación en la unidad Xochimilco contrató como «docentes» a muchos egresados de comunicación, sobre todo de la Universidad Iberoamericana, que se habían convertido en «militantes» de la investigación «crítica» preconizada por investigadores europeos y sudamericanos. Este discurso crítico de la comunicación masiva, alentado desde la propia presidencia de la república, por ejemplo mediante las críticas públicas de Luis Echeverría a la televisión privada o su política de apoyo a intelectuales exiliados por los golpes de Estado en sus países, se planteó en oposición a los modelos de investigación empírica de la comunicación que otros egresados de la carrera habían traído de sus estudios de doctorado en Estados Unidos y sobre los cuales crearon e impulsaron los primeros centros universitarios de investigación: en la Universidad Iberoamericana y en la Anáhuac.

La primera y básica confrontación de proyectos para hegemonizar la constitución del campo fue, entonces, discursivizada como una divergencia de orden «metodológico» y quizá hasta «epistemológico», pero incluyó también factores ideológicos, económicos y políticos provenientes del «exterior» del campo y que podrían resumirse en la oposición entre la aceptación

de las condiciones impuestas históricamente a la «comunicación social» por el Estado y los propietarios y operadores de la industria, y su rechazo y consecuente denuncia. La utopía de la transformación social mediante la comunicación podía sustentar ambas posiciones: en las dos la investigación como espacio de desarrollo parecía tener un lugar prioritario, pero, no habiendo ninguna **tradicón** científica formada y establecida al respecto en el país hasta entonces, los propios fundamentos (tanto cognoscitivos como institucionales) del proyecto debían conquistarse de entrada. En ese sentido el discurso del Estado, aunque no tanto su política ni su actuación en los hechos, fortaleció a la corriente «crítica» en detrimento de la «empirista».

En la segunda mitad de los setenta y la primera de los ochenta, la expansión de la carrera de comunicación en el país coincidió con la proliferación de proyectos y centros de investigación tanto en las universidades como en diversas instancias gubernamentales y paraestatales, y con una «ultraideologización» del discurso, que prácticamente hizo desaparecer de los escenarios académicos a los estudios empíricos sobre la comunicación. Pero los enfoques «críticos» manifestaron un carácter crecientemente dogmático y maniqueo, y los productos de investigación, así como los programas de formación profesional en comunicación, mediante el «denuncismo» y el «teoricismo», desatendieron todo criterio de rigor científico. La «lucha por el monopolio de la competencia científica» (Bourdieu, 1975, p.117) en las publicaciones y las asociaciones académicas (la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación fue fundada en ese contexto), pero también en la prensa (siguiendo la influencia del modelo más tradicional de la constitución de la carrera como profesión periodística, la utopía del «cuarto poder»), pasó a ser más una pugna político-ideológica que una discusión científica o académico-universitaria. Muchos de los investigadores «empíricos», calificados —y descalificados— como «funcionalistas», algunos de ellos muy sólidamente formados para la investigación social, prefirieron dejar los espacios universitarios y dedicarse a realizar trabajos de investigación **aplicada** o «por encargo» para fines comerciales o políticos, en algún sentido subordinando su proyecto utópico básico a la conquista de un espacio concreto de desarrollo profesional.

Pero en un tercer momento, la «crisis» de los años ochenta provocó una reestructuración completa del campo de la investigación de la comunicación en México. Por una parte la carencia de recursos financieros motivó el cierre de la mayor parte de los centros de investigación gubernamentales y la disminución, hasta en un 50% en términos de poder adquisitivo, de los salarios del personal académico universitario. Por supuesto, se redujeron drásticamente los presupuestos para becas de estudio o para el subsidio de publicaciones. Además, la retórica gubernamental con respecto a la comunicación dio un giro radical una vez que el presidente López Portillo cerró en octubre de 1981 el debate sobre la reglamentación del derecho constitucional a la información.

Mientras tanto, no obstante, la «oferta» institucional de programas de licenciatura en comunicación siguió creciendo, sin que se crearan tantas plazas académicas como en la década anterior. El mercado académico se contrajo, sobre todo en las instituciones públicas, y las carreras académicas perdieron casi totalmente el «atractivo» profesional que habían tenido. Al mismo tiempo, las «certezas» teóricas e ideológicas y los modelos discursivos de la investigación —en las ciencias sociales en general— entraron también, de lleno, en crisis. La mayor parte de los

«investigadores» mexicanos de la comunicación -de cualquier manera muy pocos-, sin embargo, permanecieron en sus puestos académicos (buscando ingresos complementarios) y aunque sostuvieron sus convicciones utópicas sobre las relaciones entre la comunicación y la transformación democrática de la sociedad, se vieron obligados por la propia experiencia a reconocer sus carencias científicas y se pusieron a buscar cómo subsanarlas. Emergió, por ejemplo, un consenso amplio entre los académicos con respecto a la distinción fundamental entre las prácticas de investigación y las periodísticas, que muchos de ellos ejercen simultáneamente a las de investigación, y que llegaron a confundirse.

En los años noventa, aunque el campo cuenta con menores y más concentrados recursos económicos de apoyo que en los setenta, dispone de un reconocimiento relativamente mayor, y de experiencias asimiladas, por ejemplo en cuanto a los «costos» de las confrontaciones internas. Pero la reestructuración más reciente del campo se explica también, primordialmente, por la incorporación en los ochenta de un tipo de agentes investigadores que, formados inicialmente en el mismo proyecto utópico de la carrera de comunicación en las mismas universidades que quienes impulsaron el desarrollo en la década anterior, han buscado reintegrar el rigor científico y el anclaje empírico con el sentido crítico y el compromiso social en proyectos de investigación institucional e intelectualmente independientes de la docencia en licenciatura, y por tanto no comprometidos con la «disciplina de la comunicación» sino con abordajes diversos pero más amplios, dentro de las ciencias sociales y de la cultura.

Sobre estas bases, durante la segunda mitad de los ochenta se crearon nuevos centros de investigación en algunas universidades, donde encontraron apoyo investigadores formados en doctorados en ciencias sociales del país o el extranjero, con perfiles reconocibles por las instancias oficiales de impulso a la investigación científica (como el Sistema Nacional de Investigadores), y con vocación para una nueva vinculación docente, orientada más hacia el posgrado que hacia las licenciaturas. Buena parte de esta «renovación» del campo académico de la comunicación en México, como se detallará más adelante, se situó en la región centro-occidente, específicamente en Guadalajara y Colima.

El cambio en las políticas oficiales para la educación superior y la investigación científica y la incorporación de nuevas perspectivas para el estudio de la comunicación, con un énfasis notable sobre el desarrollo metodológico y teórico crítico y el sustento empírico de las formulaciones en marcos de ciencia social, coinciden en los años más recientes como factores de rearticulación del campo académico, que parece haber «estabilizado» temporalmente la lucha por las «posiciones» de liderazgo en un modelo de colaboración e intercambio interinstitucional y entre un grupo reducido de individuos, de búsqueda de la legitimación colectiva ante diversos sectores de la investigación en ciencias sociales, para remontar el ámbito más inmediato de la «triple marginalidad» (Fuentes y Sánchez, 1989) que había caracterizado a la investigación de la comunicación⁴, aunque también con un incremento en la desarticulación de las prácticas de investigación con la carrera profesional (Luna, 1991).

La multiplicación de las publicaciones académicas y de la participación en los escenarios internacionales, la relativa mayor discusión de los postulados y los resultados de las investigaciones en busca de más sólidos consensos científicos, el creciente contacto con otros investi-

gadores en ciencias sociales y con los investigadores «aplicados», el desarrollo de los posgrados de investigación en comunicación y la formación de investigadores más jóvenes, proceso que se redujo al mínimo en los años ochenta, así como la inscripción de muchos de los profesores-investigadores a programas de doctorado, son indicios objetivos de que la configuración actual del campo tiende hacia una posibilidad más sólida de establecerse como una especialidad cuyas institucionalización y profesionalización avanzan en términos de **legitimación** académica, tanto científica como social.

Esta legitimación, dependiente del reconocimiento que los agentes productores de conocimiento del campo académico logren obtener en cuanto a la consistencia científica y la pertinencia social de sus productos de investigación, no está asociada —como lo estuvo antes— con el proyecto de constitución de una ciencia «autónoma» o una disciplina con sus propios y exclusivos «paradigmas» y estructuras de producción y reproducción, sino con la posibilidad de aportar elementos de renovación de los estudios socioculturales según un modelo «post-disciplinario» emergente. En esta reconfiguración de las ciencias sociales y las humanidades, la comunicación como campo de investigación parte de una evidente debilidad disciplinaria, pero al mismo tiempo, de una mayor flexibilidad y apertura a la integración de múltiples perspectivas de trabajo en comparación con otras ciencias sociales, y de una relevancia crecientemente reconocida de su objeto genérico de estudio, la comunicación, en la constitución del mundo contemporáneo. Ambas condiciones, junto a la utopía fundacional y constitutiva del campo, la incidencia de la comunicación en la transformación de la sociedad, constituyen, hacia el «interior» del campo, el **núcleo básico** de sentido compartido por los sujetos que lo integran, y hacia su «exterior» la clave de su distinción legítima en el campo intelectual.

3. La investigación académica de la comunicación en el centro-occidente de México.

Las primeras actividades de investigación de la comunicación en México se realizaron en instituciones ubicadas en la capital del país, pues la parte cuantitativamente mayor y cualitativamente más influyente de las actividades de docencia en el área se situaron también ahí. La UNAM incluyó a la de periodismo entre sus carreras desde la fundación de su Escuela Nacional (hoy Facultad) de Ciencias Políticas y Sociales en 1951. En 1960 la Universidad Iberoamericana abrió la primera carrera de «ciencias de la comunicación» de América Latina, inaugurando el modelo que habría de predominar a partir de los años setenta y que guiaría la conversión paulatina de las escuelas de periodismo (en México, la única excepción fue la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, fundada en 1947). En el sector oficial, la UAM-X, a partir de 1974, se constituiría en la «alternativa» a la UNAM en la carrera de comunicación, y en el sector privado, la Universidad Anahuac intentaría lo mismo con respecto a la Iberoamericana desde 1970.

Fuera de la zona metropolitana de la ciudad de México, las primeras universidades que ofrecieron la carrera de comunicación fueron la Veracruzana (Periodismo desde 1954), el Instituto Pío XII (hoy Univa, Periodismo desde 1962), la Universidad Autónoma de Guadalajara (Periodismo desde 1970) y el ITESO (Ciencias de la Comunicación desde 1967), éstas tres últimas en la capital de Jalisco. En 1976, cuando doce de ellas constituyeron el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC), había en el país alrededor de 20 escuelas de comunicación, la mitad de ellas situadas fuera de la capital. Para entonces, sólo en la UNAM, la UAM-X, la UIA y la Anáhuac, todas en la zona metropolitana de la ciudad de México, se habían institucionalizado actividades de investigación académica, y lo mismo sucedía con respecto a la investigación comercial o de otro género sobre la comunicación, que se realizaban casi exclusivamente en el centro del país.

Según la *Sistematización Documental 1956-1986* (Fuentes, 1988), que incluye referencias de 877 productos de investigación de la comunicación en México, no más de un 10% se había producido fuera de la capital, la mayor parte en Guadalajara. Sin embargo, en los años siguientes, esta proporción habría de aumentar notablemente, al grado que puede ya postularse actualmente la prevalencia de un esquema **bipolar** de producción en el campo académico de la comunicación en México, en crecimiento exponencial, según muestran los datos expuestos en el Cuadro No 1:

**CUADRO No. 1: PRODUCTOS PUBLICADOS DE
INVESTIGACION DE LA COMUNICACION EN MEXICO
POR DECADAS, 1955-1994**

DECADA	PUBLICACIONES	% DEL TOTAL
1955-1964	9	1
1965-1974	69	4
1975-1984	452	29
1985-1994	1022	66
TOTALES:	1552	100

Se consideran «productos publicados de investigación» los libros, artículos, informes y tesis de posgrado incluidos en la muestra documental, que como puede verse, evidencia «bibliométricamente» el crecimiento exponencial del campo, cuya producción se concentra, en un 66%, en los últimos diez años y en un 95% en los últimos veinte. De este total, el Cuadro No 2 muestra la creciente proporción producida en la «región centro-occidente», que en este caso está representada casi exclusivamente por las ciudades de Guadalajara y Colima:

**CUADRO No. 2: PRODUCTOS PUBLICADOS DE
INVESTIGACION DE LA COMUNICACION EN MEXICO
Y PROPORCION DE ELLOS GENERADA EN LA REGION
CENTRO-OCCIDENTE, POR DECADAS, 1955-1994**

DECADA	PUBLICACIONES	REGION C.-O.	%
1955-1964	9	0	0
1965-1974	69	1	1.5
1975-1984	452	55	12.2
1985-1994	1022	302	29.5
TOTALES	1552	358	23.1

Como puede verse en el Cuadro No 2, el crecimiento de la producción de investigación de la comunicación en la región centro-occidente es aún más rápido y acentuado que el del total nacional, del que constituye el 23.1% en los últimos 40 años, pero el 29.5% en los últimos diez. Una proporción similar se da cuando se considera no el lugar de producción de la investigación, sino el lugar de edición (publicación) de los productos, como indica el Cuadro No 3:

CUADRO N^o 3: PRODUCTOS PUBLICADOS DE
INVESTIGACION DE LA COMUNICACION EN MEXICO,
POR LUGAR DE EDICION, 1986-1994

LUGAR DE EDICION	PUBLICACIONES	%
Zona Metropolitana DF	553	56
Guadalajara/Colima	270	27
Extranjero	133	13
Otras ciudades mexicanas	30	4
TOTALES:	986	100

Los datos del Cuadro No. 3, como puede verse, corresponden sólo a los últimos nueve años, pues provienen de la *Sistematización Documental 1986-1994*, que como actualización de la antes citada (Fuentes, 1988), el autor prepara para próxima publicación. Además del recorte del periodo, es interesante subrayar el paralelo crecimiento de la proporción de la investigación de la comunicación **producida y publicada** en la región centro-occidente de México, pues los productos incluidos en cada una de las cuentas respectivas no son exactamente los mismos: en la región se produce investigación que se publica fuera de ella y en ella se publica investigación que se produce en otros lugares. De ahí la importancia de relacionar las escalas regional y nacional, pues están estrecha y complejamente vinculadas, incluso desde el simple recuento bibliométrico como el que aquí se reporta. Esta relación entre lo «regional» y lo «nacional» en la investigación de la comunicación en México puede quedar mejor ilustrada si se toman como categorías de análisis las instituciones (productoras y editoras) y los individuos productores de la investigación, como se hace en el Cuadro No 4:

CUADRO No. 4: PRODUCTOS PUBLICADOS DE
INVESTIGACION DE LA COMUNICACION EN MEXICO,
POR INSTITUCION DEL AUTOR, 1986-1994

INSTITUCION	AUTORES	PRODUCTOS	%	PROD/AUTOR
UNAM	40	165	16.7	4.1
U.Iberoamericana	35	134	13.6	3.8
UAM-Xochimilco	19	125	12.7	6.6
U.de Guadalajara	18	123	12.5	6.8
ITESO	19	94	9.5	4.9
U.de Colima	5	57	5.8	11.4
Otras	143	288	29.2	2.0
TOTALES:	279	986	100	3.5

Poco más del 70% de los productos de investigación académica de la comunicación en México de los últimos nueve años ha sido generado por investigadores adscritos a seis instituciones, tres de ellas ubicadas en la región centro-occidente, de entre las más de 120 donde se imparte la licenciatura en comunicación en el país. Esta concentración exige una revisión de los factores por los que en esas instituciones **-y no en otras-** se han dado las condiciones relativamente más favorables para la práctica de la investigación, así como «índices de productividad» de sus investigadores, en todos los casos, superiores al promedio nacional. Este último factor, representado en la última columna del Cuadro No 4, se obtiene dividiendo el número de publicaciones entre el número de autores adscritos a cada institución. Aunque la mayor parte de los autores lo son sólo de uno o dos productos, hay algunos investigadores excepcionalmente «productivos». De la muestra total, los autores con mayor número de productos incluidos, están casi todos adscritos a alguna de las seis instituciones donde se concentra la producción, como señala el Cuadro No 5:

CUADRO No. 5: AUTORES CON MAYOR NUMERO DE
PRODUCTOS PUBLICADOS DE INVESTIGACION DE LA
COMUNICACION EN MEXICO, 1986-1994

INVESTIGADOR	INSTITUCION	PUBLICACIONES
Javier Esteinou Madrid	UAM-X	58
Guillermo Orozco Gómez	UIA	48
Enrique E. Sánchez Ruiz	UdeG	46
Raúl Fuentes Navarro	ITESO	38
Jesús Galindo Cáceres	UCOL	31
Jorge A. González Sánchez	UCOL	25
Rossana Reguillo Cruz	ITESO	23
Francisco de J. Aceves González	UdeG	22
Raúl Trejo Delarbre	IIS UNAM	20
Carmen Gómez Mont	UIA	16
José Carlos Lozano Rendón	COLEF-ITESM	16
Fernando Mejía Barquera	UNAM	16
Fátima Fernández Christlieb	UNAM	15
Néstor García Canclini	ENAH-UAM-I	14
Florence Toussaint Alcaraz	UNAM	14
Mercedes Charles Creel	CISE UNAM	13
Gilberto Fregoso Peralta	UdeG	13
Delia Ma. Crovi Druetta	UNAM	12
Rafael C. Reséndiz Rodríguez	UNAM-ITESM	12
José Luis Gutiérrez Espíndola	IIS UNAM	12

Como puede verse en el Cuadro No 5, de los veinte investigadores más «productivos» de la comunicación en México en los años más recientes, siete trabajan en la región centro-occidente y uno (Lozano) en la noreste (Nuevo Laredo-Monterrey); el resto lo hacen en la capital del país.

Ahora bien, las características de la institucionalización de estas prácticas pueden explicar, junto con los rasgos individuales de algunos académicos, las condiciones de esa «alta productividad». Son especialmente importantes los casos del Programa Cultura de la Universidad de Colima y del Centro de Estudios de la Información y la Comunicación (ahora Departamento de Estudios de la Comunicación Social) de la Universidad de Guadalajara. En ambos casos se trata de centros de investigación creados *ex-professo* para impulsar proyectos «de excelencia» totalmente independientes de la docencia de nivel licenciatura: en la Universidad de Colima el Programa Cultura (sede de González y Galindo), fundado en 1984, se adscribió al Centro Universitario de Investigaciones Sociales, sin relación directa con la preexistente Escuela de Letras y Comunicación, y en la Universidad de Guadalajara el Centro (donde trabajan Sánchez Ruiz, Aceves, Fregoso y últimamente Reguillo y Fuentes) se instituyó

en 1986, **en vez** de una escuela de comunicación más; la universidad hasta la fecha no ofrece una licenciatura en el campo. Un caso relativamente similar a éstos sería el Programa Institucional de Investigación en Comunicación y Prácticas Sociales de la Universidad Iberoamericana (coordinado por Orozco), creado en 1989 y vinculado casi exclusivamente con la maestría y no con la licenciatura integradas al Departamento de Comunicación.

Son estos tres centros las únicas unidades formales, entre todas las universidades del país, dedicadas a la investigación de la comunicación. Cada uno de ellos cuenta con su propia revista de diseminación académica: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* (18 números publicados entre 1986 y 1994) del Programa Cultura, *Comunicación y Sociedad* (20 números entre 1987 y 1994) de la Universidad de Guadalajara, y *Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales* (6 números desde 1990) de la Universidad Iberoamericana.

Como se había señalado anteriormente, la mayor parte de los investigadores mexicanos incluidos en la tabla de los más «productivos» de los últimos años, responde al perfil impuesto por los organismos de impulso oficial a la investigación en el país: ocho de ellos cuentan con doctorado (tres obtenidos en México, otros tres en Estados Unidos y dos en Francia) y seis más lo cursan actualmente, además, obviamente, de publicar «regularmente» en medios nacionales y extranjeros y de realizar actividades de docencia en posgrados.

Notablemente, la investigación de los centros ubicados fuera de la capital puede considerarse más «nacional» que regionalmente orientada, no sólo por los temas y enfoques desarrollados, sino por la proyección de sus programas, que es en buena medida no sólo nacional sino latinoamericana. La distribución de las publicaciones de los siete investigadores más «productivos» ubicados en la región centro-occidente, según su lugar de edición, puede ilustrar este punto (ver Cuadro No 6):

**CUADRO No 6: PRODUCTOS PUBLICADOS POR LOS INVESTIGADORES
DE LA COMUNICACION MAS PRODUCTIVOS DE LA REGION
CENTRO-OCCIDENTE DE MEXICO, POR LUGAR DE EDICION,
1986-1994**

INVESTIGADOR	PUBS	PROPIA INSTIT.	NAL.	EXTRANJERO
Enrique E. Sánchez Ruiz	46	14	25	7
Raúl Fuentes Navarro	38	10	14	4
Jesús Galindo Cáceres	31	15	12	4
Jorge A. González Sánchez	25	9	13	3
Rossana Reguillo Cruz	23	10	9	4
Francisco de J. Aceves G.	22	9	13	0
Gilberto Fregoso Peralta	13	10	2	1
TOTALES:	198	77	88	33
%	100	39	44	17

Los datos del Cuadro No. 6 ilustran cómo los investigadores de la comunicación más «productivos» de la región centro-occidente publican «localmente» (en órganos de su propia institución) sólo el 39% de sus productos, mientras que el 61% restante lo han editado instituciones extra-regionales: sean nacionales (44%) o extranjeras (17%). En cuanto al contenido de los estudios publicados, (ver Cuadro No 7), las referencias a temas regionales son una proporción todavía menor.

**CUADRO No. 7: PRODUCTOS PUBLICADOS POR LOS INVESTIGADORES
DE LA COMUNICACION MAS PRODUCTIVOS DE LA REGION
CENTRO-OCCIDENTE DE MEXICO, POR REFERENCIA TEMATICA,
1986-1994**

INVESTIGADOR	PUBS	REGIONAL	NACIONAL	EXTRANAC.
Enrique E. Sánchez Ruiz	46	8	28	10
Raúl Fuentes Navarro	38	0	20	18
Jesús Galindo Cáceres	31	0	11	20
Jorge A. González Sánchez	25	5	12	8
Rossana Reguillo Cruz	23	11	9	3
Francisco de J. Aceves G.	22	13	6	3
Gilberto Fregoso Peralta	13	9	4	0
TOTALES:	198	46	90	62
%	100	23	45	32

Con estos datos, que conservan una alta correlación con otros no presentados aquí por razones de espacio, y con las entrevistas y búsquedas documentales emprendidas por Orendáin (1992) sobre el mismo tema, puede sustentarse suficientemente la afirmación de que la emergencia de la investigación académica de la comunicación en la región centro-occidente de México, a partir de mediados de la década de los ochenta, representa un caso ilustrativo de la tendencia hacia la **descentralización**, más que hacia la regionalización, es decir, que en el surgimiento del esquema **bipolar** establecido en el campo académico de la comunicación en México, han sido más determinantes los factores de orden nacional e incluso internacional, que los propiamente regionales. Esta afirmación serviría para explicar también porqué la práctica de la investigación no ha surgido con claridad comparable en otras regiones del país, y porqué tampoco lo ha hecho en otras instituciones universitarias de la misma región centro-occidente. Uno de los factores a explorar con mayor detenimiento sería el «vínculo nacional» (establecido por supuesto en el Distrito Federal) por los académicos de la Universidad de Guadalajara, la Universidad de Colima y el ITESO y no, por ejemplo, por los de la Univa, la Universidad Autónoma de Guadalajara o la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

En efecto, este «vínculo nacional», en el caso del Programa Cultura, parte de que sus principales impulsores llegaron a Colima provenientes del Distrito Federal, donde habían estudiado e iniciado sus carreras académicas en instituciones como la Universidad Iberoamericana, la Metropolitana-Xochimilco y la Escuela Nacional de Antropología e Historia. El propósito, además, de la creación del Programa fue desde el principio el establecimiento de una «red» nacional para estudiar el melodrama televisivo (González, 1988), las culturas regionales y sus articulaciones con la cultura nacional (Galindo, 1994) y, más recientemente, la «formación de los públicos» en ocho «campos culturales» en todo el país (González, 1994).

El proyecto del Centro de Estudios de la Información y la Comunicación de la Universidad de Guadalajara, por su parte, fue «avalado» entre otros factores por la participación destacada de sus impulsores en la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (de la cual fueron vicepresidentes Enrique Sánchez Ruiz y Pablo Arredondo en la segunda mitad de los ochenta, y el primero presidente entre 1987 y 1989; de 1992 a 1995, el mismo Sánchez Ruiz ocupa la presidencia de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación).

Finalmente, el principal «vínculo nacional» del ITESO se estableció desde los años setenta a través del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (del cual tres de sus académicos han sido presidentes) y desde principios de los ochenta a escala internacional en la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación Social, en cuyo consejo directivo la representación mexicana estuvo a cargo de académicos del ITESO desde 1981 hasta 1994. Ninguna otra institución de la región centro-occidente, o de alguna otra región del país fuera de la capital, ha tenido esa proyección nacional e internacional en el campo académico de la comunicación hasta ahora.

Por otro lado, sólo en la Universidad de Guadalajara se ha hecho un esfuerzo sostenido e institucionalmente orientado para investigar **específicamente** algunos aspectos de la comunicación regional, en este caso de los medios de difusión (prensa, radio y televisión) en Jalisco. Como indica el Cuadro N^o 7, 30 de los 123 productos de investigación generados en esta

institución (casi una cuarta parte), contienen ingredientes de conocimiento empírico e histórico prácticamente pioneros, sobre estos fenómenos en la región, que según los mismos estudios postulan, está notablemente **centralizada**: la concentración en Guadalajara ha sido casi total.

Por ello, en términos de la investigación académica de la comunicación, por «región centro-occidente» de México ha de entenderse todavía un par de ciudades (una grande, Guadalajara, y una pequeña, Colima) y **casi nada más**. Además, en términos del conocimiento generado sobre la comunicación y la cultura regionales, puede decirse que no ha sido el objeto prioritario de atención por parte de los investigadores académicos radicados en esas ciudades, aunque tampoco ha sido ignorado. Este trabajo, consecuentemente, como un primer acercamiento al estudio de la «regionalización» del campo académico de la comunicación en México, reafirma la necesidad de considerar énfaticamente las articulaciones entre lo regional y lo nacional en las dimensiones socioculturales de este tipo de «objetos».

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS:

ARIAS Patricia and Bryan ROBERTS (1984): «The City in Permanent Transition: The Consequences of a National System of Industrial Specialization», in WALTON (ed), **Capital and Labor in the Urbanized World**, Sage, Beverly Hills. p.149-175.

ARROYO A. Jesús (1989): **El abandono rural. Un modelo explicativo de la emigración de trabajadores rurales en el occidente de México**. Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

ARROYO A. Jesús y Juan José PALACIOS L. (1984): **Las formaciones sociales de la región centro-occidente de México**. Cuadernos de Divulgación No 27, CISE/Facultad de Economía, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

BOURDIEU, Pierre (1975): «La especificité du champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison», **Sociologie et Sociétés** Vol VII No 1, Paris, p.91-118.

BOURDIEU, Pierre (1988): **Homo Academicus**. Stanford University Press, California.

DE LA PEÑA Guillermo (1986): «Mercados de trabajo y articulación regional: apuntes sobre el caso de Guadalajara y el occidente mexicano», en DE LA PEÑA y ESCOBAR (comps), **Cambio regional, mercado de trabajo y vida obrera en Jalisco**, El Colegio de Jalisco, Guadalajara, p.47-88.

FERNANDEZ CHRISTLIEB Fátima (1991): **La radio mexicana, centro y regiones**. Juan Pablos, México.

FUENTES NAVARRO Raúl (1988): **La investigación de comunicación en México. Sistematización documental 1956-1986**. Ediciones de Comunicación, México.

FUENTES NAVARRO Raúl y Enrique E. SANCHEZ RUIZ (1989): **Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México**. Cuadernos Huella No 17, ITESO, Guadalajara.

GALINDO CACERES Luis Jesús (1994): **Cultura mexicana en los ochenta. Apuntes de meto-dología y análisis**. Universidad de Colima, Colima.

GARCIA CANCLINI Néstor (1990): **Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad**. Los Noventa No 50, Grijalbo/CNCA, México.

GIDDENS Anthony (1984): **The Constitution of Society**. University of California Press, Berkeley and Los Angeles.

GONZALEZ Y GONZALEZ Luis (1983): «Peculiaridades históricas del Oeste mexicano»,

Encuentro Vol I No 1, El Colegio de Jalisco, Guadalajara, p.5-26.

GONZALEZ SANCHEZ Jorge A. (1988): «La cofradía de las emociones (in)terminables (primera parte) construir las telenovelas mexicanas», **Estudios sobre las Culturas Contemporáneas** No 4/5. Programa Cultura Universidad de Colima, Colima, p.13-66.

GONZALEZ SANCHEZ Jorge A. (1994): «La transformación de las ofertas culturales y sus públicos en México», **Estudios sobre las Culturas Contemporáneas** No 18. Programa Cultura Universidad de Colima, Colima, p.9-25.

LOMNITZ-ADLER Claudio (1992): «Concepts for the Study of Regional Culture» in VAN YOUNG (ed), **Mexico's Regions. Comparative History and Development.** Center for US-Mexican Studies, University of California at San Diego, p.59-89.

LUNA CORTES Carlos E. (1991): **La formación profesional de comunicadores en México: revisión documental.** Tesis de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, ITESO, Guadalajara.

MARTINEZ ASSAD Carlos (1990): «A manera de prólogo» en **Balance y perspectivas de los estudios regionales en México**, CIHH UNAM/M.A.Porrúa, México, p.5-20.

NEW ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA (1990): **Micropaedia** Vol 9, University of Chicago, Chicago.

ORENDAIN CALDERA Jorge Antonio (1992): **Las condiciones de la práctica de investigación de la comunicación en Jalisco.** Tesis de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, ITESO, Guadalajara.

PALACIOS L. Juan José (1983): «El concepto de región: la dimensión espacial de los procesos sociales», **Revista Interamericana de Planificación** Vol XVII No 66. p.56-68.

RIVIERE D'ARC Hélène (1973): **Guadalajara y su región. Influencias y dificultades de una metrópoli mexicana.** SepSetentas, México.

ROBERTS Bryan (1980): «Estado y región en América Latina», **Relaciones, Estudios de Historia y Sociedad** Vol I No 4, El Colegio de Michoacán, Zamora, p.9-40.

SANCHEZ RUIZ Enrique E. (1987): **Centralización, poder y comunicación en México,** Comunicación y Sociedad No 3, CEIC Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

SANCHEZ RUIZ Enrique E. (1990): «Los estudios regionales sobre medios de difusión en México y la centralización (o de lo difícil y prolífico que resulta hablar de casi nada)», en **Balance y perspectivas de los estudios regionales en México**, CIHH UNAM/ M.A.Porrúa, México.

Notas:

1. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales (área de Sociología), dentro del programa ofrecido conjuntamente por la Universidad de Guadalajara y el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). El autor agradece el apoyo recibido para la realización del proyecto por parte del Seminario de Estudios de la Cultura del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y para la elaboración de este trabajo del Dr. Fernando Pózos, coordinador del Seminario sobre la Región Centro-Occidente en el DCS.
2. El surgimiento de una «ciencia regional» orientada a la **planificación del desarrollo**, en sus muy diversas tendencias y modalidades, explica en buena medida el desplazamiento de preocupaciones conceptuales por criterios más bien técnicos y políticos, así como el énfasis en las relaciones entre variables macro y microeconómicas, aunque no por ello se han abandonado del todo las definiciones «teóricas». Por el contrario, se puede documentar una constante discusión (se diría que entre académicos y «técnicos»), en diversos campos disciplinarios, sobre los criterios de definición de las regiones. Ver, por ejemplo, para el caso de la región centro-occidente de México, los trabajos de Rivière D'Arc (1973), Roberts (1980), Palacios (1983), Arias y Roberts (1984), Arroyo y Palacios (1984), De la Peña (1986) o Arroyo (1989).
3. Resulta particularmente interesante la observación de que en los cincuenta «la provincia, así **autonombrada**, lucha radiofónicamente contra el centro» (p.62), pero más significativo aún que «la interrelación de diferencias plantea serios problemas teóricos. Es mucho más tranquilizador estudiar lo que ocurre dentro de una sola entidad federativa; ahí ni siquiera hay que dar cuenta de las semejanzas con los del estado vecino, eso sería entrar a las identidades y culturas regionales y no es fácil» (p.177).
4. Esta «triple marginalidad» refiere al carácter no prioritario de los estudios de comunicación entre las ciencias sociales; del conjunto de éstas en el campo de la investigación científica en general; y de ésta entre las prioridades del «desarrollo nacional».

Los **Cuadernos de Mass Culturas** del Departamento de Ciencias del Hombre fueron impresos en la ciudad de León, Gto., para circulación interna dentro de la Universidad Iberoamericana León, en Junio de 1996. El tiraje de la primera edición fue de 200 ejemplares.